

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habrà alguien que haya leído sin una impresión de melancolía profunda el relato, inserto en los periódicos, de la muerte del marqués de Vallecerrato?

Era este gran señor ferviente católico, tradicionalista de los de antiguo cuño, persona cuya elegancia de raza se comprendería, si no se le conociese, sólo mirando con ojos de intérprete el detestable retrato que publica la prensa, y donde, con algo de imaginación, puede adivinarse la finura del tipo San Lorenzo —los ojos claros y cargados de un vapor de ensueño, las facciones delicadas, casi femeniles, de un diseño aristocrático.—Había pasado de la edad en que las pasiones pueden poner en manos de un hombre que no está loco, patológicamente hablando, la pistola de Werther. El suicidio del marqués de Vallecerrato fué un acto de locura, y lo demuestra el mismo carácter místico que revisió—ante un altar, con velas encendidas, mirando á una santa efigie.—Cuando existe tal confusión de ideas en el alma de un católico sincero, cuando se mata así, puede afirmarse la demencia.—Pero la demencia, en el caso á que estoy refiriéndome, se originó sin duda de tristezas, decepciones y reveses de fortuna, que ensombrecieron el espíritu, y engendraron primero la esquizofrenia en el trato, la soledad, después la fatal idea. Altierez, dignidad, pundonor, temor de encontrar repulsas y enfriamientos de amistad donde podía esperar cordial acogida y auxilio, imposibilidad de rehacer en la vejez la vida sobre un tipo modesto y de escasas necesidades y refinamientos, retiro huraño, pesimismo fruto de él, todo esto debió de traer consigo, poco á poco, la desorganización del cerebro y la vesania que conduce á la resolución espantosa.

Otro aristócrata conocí que se suicidó con igual sentido místico que el marqués de Vallecerrato. Aquél se confesó y comulgó la mañana misma en que puso fin á su existencia. Nadie podrá dudar que se trata de un verdadero caso patológico; nadie creerá que están cuerdos los que así proceden. Y por lo mismo, infunden un sentimiento de compasión infinita. Antes de llegar á ejecutar el acto, ¡cuánta cavilación amarga, cuántas tinieblas en la mente, cuántas heridas en el corazón, qué mundo de sufrimiento! No es el hecho de morir, de una ó de otra manera, por un procedimiento más ó menos expeditivo, lo que infunde piedad. Es lo anterior á esa hora suprema, lo que debiera enternecer á los prójimos de los desesperados; y es á veces—cuando falla el golpe—lo que sigue á la hora en que se ve la eternidad frente á frente...

Y el marqués de Vallecerrato tenía su decisión bien arraigada. Primero trató de abrirse las venas, como un romano de la decadencia, un Petronio cansado de vivir. La muerte no venía lo bastante pronto, y entonces acudió al revólver, con tiro tan certero, que instantáneamente llegó la negra amiga...

No sólo en casos análogos, muy frecuentemente, se me ocurre que en otras épocas el fracaso de una vida era fácil de remediar y consolar dentro del convento. Un noble arruinado y solitario se recogía á uno de esos magníficos y señoriales monasterios llenos de obras de arte, dotados con una biblioteca que podrían envidiar los reyes, ó por mejor decir, los eruditos; donde eran compañeros suyos, y amigos naturales, varones de saber, de ingenio, de amena conversación, informados, no ya de los sucesos antiguos, sino hasta de las murmuraciones del presente, de lo que ocurría en la villa y corte, de lo que acaecía en

todo el mundo. A la caída de la tarde—una tarde, por ejemplo, del año 1793,—en el locutorio donde esparcían suave calor los braseros claveteados y cuidadosamente sahumeros, se trabaría la amena conversación, y el refugiado bajo los hábitos conversaría con sus antiguos amigos los señores que venían á hacerle visita y á sorber con él sendos pocillos de chocolate aromoso. Se hablaría, verbigracia, de Selim III, el Turco, que miraba con horror á los revolucionarios franceses, «unos hombres que han tenido la bárbara osadía de tratar á su legítimo soberano como al reo más infame»; de la plantación de un árbol de la libertad en el patio de la embajada francesa, ¡ridícula mascarada!; de que el papa ha emprendido su viaje acostumbrado á las lagunas Pontinas; de la solemne procesión á que asistió todo el Sacro Colegio; de las secretas inteligencias del antes furioso republicano Dumouriez con el duque de Orleáns; de la victoria del príncipe de Coburgo sobre los franceses en Bélgica; de que «el inglés» arma una flota de quince navíos; de que han reelegido para presidente de los Estados Unidos al Sr. Jorge Washington; de que la corte de España está en el real sitio de Aranjuez, y de que la Serenísima princesa del Brasil ha dado á luz una niña, por lo cual se hicieron tres días de gala y luminarias; de que se les cogieron á los malditos franceses, allá en el castillo de Masdeu, varios cañones; de que, para esta guerra, levanta un regimiento de infantería el duque de Arion, y D. Fernando Rubio de Celis ofrece una onza de oro á cada uno que se aliste; y de que ha fallecido el duque de Abrantes, y han hecho capitán general al duque de la Alcuía, y D. Luciano Francisco Comella ha estrenado en el coliseo de la Cruz una comedia heroica en tres actos, titulada *El fénix de los criados, ó María Teresa de Austria*... Que de todo esto se platicaba en los locutorios, y mucho fuera que no hubiese un monje ó fraile con sus puntas y ribetes de literato, que sacando un rollo de papel de barba escrito con hermosa caligrafía, no leyese alguna letrilla ó romance pastoril:

«Apenas en los oteros
rayaba la luz del alba,
cuando la hermosa Dorila
salía de su cabaña.
Sale pisando el rocío
con su delicada planta,
en busca de un pastorcillo,
que amor así se lo manda...»

Y todos los concurrentes á la tertulia conventual aprobaban, con sonrisas de cortesía, dando golpecillos á la tapa de las tabaqueras de plata y concha, y encontrando que el Padre Gutiérrez ó Fray Miguel de los Serafines rimaban al primor, como el propio D. Josef Iglesias de la Casa, el famoso presbítero salmantino, sólo que con más decoro, porque aquello de la *lira de cuerno*, vamos, era algo desvergonzado... Y en la tertulia había risas, dichos graciosos, agudos, y el tiempo volaba, acercábase sin sentir la hora de la cena, la hora de la cena sabrosa, preludio del sueño tranquilo del que no tiene cuidados, apremios de dinero ni de amor propio; del que pasa las postrimerías de su vida «libre de amor, de celo, de odio, de esperanza, de recelo...»

Tal pudo ser la suerte del marqués de Vallecerrato, en Santo Domingo el Real, en los Jerónimos, en alguno de los sabios y dulces asilos que abrían sus puertas, no sólo á la caridad material con los pordioseros, sino á la fraternidad humana, como puerto que acoge á toda nave, y en cuyas remansadas aguas se carenan los rotos cascos y se recomponen los velámenes desgarrados por las tormentas. Pero hoy—no sé por qué, ó mejor dicho lo sé, y me llevaría demasiado tiempo explicarlo, pues acaso encierre este pormenor toda una filosofía de la historia,—á los conventos que existen, y en gran número, es raro que se retire nadie que haya ocupado alto puesto en el siglo. Las emperatrices y reinas, las Isabelas, Eugénias y Margaritas arrojaban antaño sobre sus duelos, sobre sus amarguras, sobre sus decepciones, un velo; defendían su espíritu dolorido detrás de unas rejillas. Hoy corren el mundo en automóvil ó yate, se construyen palacios inspirados en la *Iliada*, veranean en quintas sombrosas y románticas; y los reyes en el destierro ó la abdicación, lejos de buscar un Yuste, buscan un *coltage*, un departamento en un hotel parisiense... A ejemplo de los reyes, los grandes señores tampoco transigen con los monasterios, para los cuales hoy—¡lo reconozco!—ya no pinta Murillo, ni siquiera Carucho, y en sus locutorios no se habla de cosas amenas, de novedades mundiales, y no se toma chocolate en mancerinas de plata, y el tono de la austeridad y del recelo tal vez predomina sobre el alegre y sereno diapasón de la *bonne compagnie*... En esto hablo

de memoria y por suposiciones; ello es que nadie podrá negarlo, la desgracia de los tiempos hace que á los conventos no se acojan los tristes, los descaminados, los combatidos, los vencidos, y la desgracia quiere que siendo la vida cada día más difícil, creciendo tanto las necesidades y arrojando la tiranía de las apariencias, el cerebro naufrague, el revólver esté á mano, y la tragedia venga á darnos, una vez más, esa impresión de lo obscuro, de lo siniestro, de lo inevitablemente doloroso del destino humano...

Se habla mucho del fracaso del Congreso de la Paz. Fracaso, ¿por qué? ¿Es que alguien suponía que con reunirse unos cuantos señores, sean estos señores de la altura que sean, se va á evitar que los moros hagan morerías, que los cristianos tomen represalias, y que fermenten, para estallar á su tiempo, cuantas guerras estén dentro de los intereses graves y capitales de las naciones?

Yo miro con simpatía profunda los Congresos de la Paz, y todo el movimiento pacifista y de arbitraje. ¿Cómo no aprobar tal propaganda? ¿Cómo dudar de sus efectos, insensibles, pero fuertes y seguros en la conciencia? Hay largos períodos de la historia en que la idea de la paz como un concepto moral que debe difundirse por todo el género humano, no asoma siquiera. El pensamiento de que se pueda llegar á un estado de paz continua, á convertir la guerra en fenómeno extraño. No obstante, para conseguir este anhelo de todas las personas clementes y de buenas entrañas, sería preciso que toda la humanidad hubiese alcanzado un grado de civilización, si no uniforme, al menos semejante, y que los conflictos económicos estuviesen resueltos. Y esto, sin ser pesimista, puede afirmarse que anda muy lejos, á distancia ni calculable todavía. ¿Puede llegarse á un estado tal? Acaso nunca... Por lo menos, no lo verán nuestros nietos, ni los nietos de nuestros hijos. Es el destino de estos siglos en que vivimos consumirse en el ansia de fines muy grandes, muy vastos, muy nobles—y muy inasequibles en total, aunque su sola aspiración sea ya buena, sea ya conveniente, lleve ya un ideal de adelanto y de mejoramiento á las costumbres y al pensamiento de las multitudes.—Condenar la guerra no es por ahora, ni acaso será jamás, condenar toda crueldad innecesaria en el modo de hacer la guerra, reduciendo lo posible la extensión de sus daños y la inhumanidad que lleva consigo, tan fatalmente como el cuerpo lleva á su sombra.

Y siendo esto, es loable, es admirable el empeño de los que han hecho ya de estos Congresos una institución, dándoles el mayor vuelo y la mayor resonancia. Las chanzonetas y caricaturas que la prensa dedica al contraste entre los soberanos armados hasta los dientes, á las naciones bombardeándose mientras por otro lado ofrendan palmas y cirios en el altar del ángel de la Paz, son ciertamente un tópico gracioso, pero no hay fundamento de contraste. El Congreso de la Paz no destruirá la Guerra... La aliviará, la modificará, la suavizará... hasta donde pueda; y la hará—en determinados casos—inútil, y en consecuencia, suprimible. Esto es todo cuanto se puede desear, por hoy...

¿Qué se propondrán los vándalos que destrozan cuadros en los Museos?

El caso de erostratismo que el hecho representa, no me sorprende: hay quien por llamar la atención y fijar en sí las miradas, es capaz, no digo yo de destruir una obra de Poussin ó de Lebrun, de quemar vivos á su padre y á su madre—á los del Eróstrato, naturalmente.—El error de esos Erostratos está en suponer que van á llamar la atención del público porque cometan una atrocidad. El público está hoy distraído por tantas cosas y tal suma de noticias que se entretienen, que nadie—y yo la primera—se acuerda al cuarto de hora del nombre de los que cometieron un desmán estúpido. Ni aun para condenarles se puede averiguar cómo le llaman.

Y además, les han *batido el record* (¡qué diantre de giro!) los otros Eróstratos de mayor cuantía que se llaman Mateo Morral, Angiolillo, Passavante, Perows Kaia, los regicidas, los zaricidas, los presidencicidas, los que no rompen telas, sino cuerpos humanos. Y hasta de esos mismos nos olvidamos, á no ser que hayan herido á alguien muy querido para nosotros. El mundo rueda aprisa, acarrea restos y despojos de mil grandezas, borra las huellas del ayer con las pisadas de hoy..., y yo dudo si los venideros tendrán cabeza suficiente para que quepa en ella toda la historia.

EMILIA PARDO BAZÁN.